



LA ROMANA.

De regreso a casa, todas las tardes, no podía evitar mirar hacia aquella casa que se destacaba en la primera de las montañas de la cercana Sierra, me atraía verla arriba, solitaria y rodeada de pinos antiguos. A esas horas, al ponerse el sol, la iluminaba especialmente. ¡Qué inmensa debía ser la vista desde sus ventanas!. ¿Quién viviría allí? Estaba segura de que estaba habitada, pues por la noche, desde mi jardín, había visto luz en sus ventanas. Y alguna vez que, dando un paseo con los niños, subíamos por el difícil sendero que lleva a la montaña, en la tapia del jardín que la rodea, se oía el ladrido de un perro, avisando de que alguien se acercaba. Sobre la entrada estaba su nombre : "La Romana".

Sin darme cuenta de ello, había contagiado a mi familia mi interés y curiosidad por aquella casa. Nos gustaba verla formando parte de aquella porción de Sierra que se ofrecía a nuestra vista, aquellas montañas tan cambiantes según la época del año, el tiempo, la luz del sol o el momento del día. A veces cuando había niebla, la casa asomaba entre las nubes y entonces adquiría un aire misterioso.

Aquella tarde al final del verano, subimos la montaña, los niños jugando y yo detrás un poco fatigada, arriba nos habíamos parado, como otras veces, a contemplar el paisaje, notando el viento que soplaba de frente. En aquel momento se abrió la cancela de "La Romana" y en ella apareció una figura femenina con un gran perro negro: ¡Ven Otelo, vamos a dar un paseo!... Aquella voz con acento italiano me resultó tan familiar... ¡Lucía! exclamé, e inmediatamente ella me reconoció. Lucía Garcciolo y su marido, el director de orquesta Rodrigo Plata fueron nuestros profesores de composición en el último curso del Conservatorio, desde entonces sentimos por ellos un gran cariño y admiración.

Lucía es una italiana llena de encanto y dulzura, y aunque se acerca a la ancianidad sigue teniendo mucho de niña, conserva una figura esbelta, y sobre todo unos ojos muy vivos e infinitamente expresivos, tanto que a veces cuando algo le causa mucha emoción los oculta con sus manos largas y finas, en un gesto casi infantil. Conservo tan buenos recuerdos de aquel curso... algunos casi como si hubieran ocurrido ayer mismo. Aquel el último día, cuando en la

despedida, Rodrigo, tan rectilíneo de figura y de espíritu. con la emoción contenida en su mirada, nos leyó unas frases de un poema de Gerardo Diego:

"Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos; él mismo.

Esta era, nos dijo, mi gran ilusión al comenzar mis lecciones, y hoy creo poder decir que se me ha cumplido. Espero que nos encontremos siempre, en el camino de la música y de la vida"...

Y ahora acababa de encontrarlos tan cerca...

Acompañamos a Lucía en su paseo. Otelo, nos contaba, es mi ángel guardián, cuando Rodrigo está de viaje no se separa de mí ni un instante, y se pone inquieto sobre todo, si el desconocido que se me acerca es un hombre, parece que su nombre le hubiera imprimido carácter. Paseando, hablamos de mil cosas, recuerdos, amigos comunes, etc...Su marido, Rodrigo, llegaba al día siguiente de Perú, de dirigir unos conciertos y de investigar acerca de un músico antiguo casi olvidado, sobre el que estaba escribiendo unos artículos y tratando de recuperar su música. Por favor no dejéis de venir a vernos mañana mismo, Rodrigo estará encantado de veros y conoceréis nuestra casa. ¡No imagináis lo que me alegro de que viváis tan cerca!

Regresamos a casa y aquella noche se desató una tormenta terrible, la lluvia y el viento me despertaron, cuando me acerqué a la ventana vi a los árboles movidos por el viento como enloquecidos y allí fuera quieto y con los ojos fijos y brillantes, mirándome como si quisiera decirme algo, estaba Otelo. Sentí un como un extraño presentimiento y volví rápidamente a la cama, sin despertar a mi marido, que dormía tranquilamente..

Por la mañana, dudábamos de si aquella misteriosa aparición de Otelo no habría sido un sueño; pero nos estremecimos, cuando en la radio, oímos la noticia de que el director de orquesta Rodrigo Plata había sufrido un infarto agudo, momentos antes de subir al avión, en el que había de regresar a España. Lo más rápidamente que nos fué posible, subimos a "La

Romana", llegamos a tiempo para acercarnos a Lucía al aeropuerto. A su llegada aún pudo verlo con vida, pero falleció al día siguiente.

Lucía regresó como ausente, no parecía la misma persona. Estaba desgarrada por el dolor ¡Es tan terrible que desaparezca una parte de algo tan equilibrado y tan unido como era este matrimonio! Un engranaje formado a través de toda una vida roto en unos minutos. ¿Como recomponer la vida después de un hachazo tan terrible?

Hicimos todo lo posible por acompañarla, sobre todo después de las primeras semanas, cuando el rosario de visitas fué desapareciendo.

Y seguimos subiendo a "La Romana" casi todas las tardes, hacíamos compañía a Lucía, charlábamos de mil cosas, tenía tantos recuerdos de toda una vida dedicada a la música, nos contaba mil anécdotas llenas de interés. Comentaba que ahora se había convertido en una "coleccionista de momentos vividos". A veces recordar es como sentir el eco de la felicidad pasada, decía.

Conseguimos publicar los artículos que Rodrigo dejó prácticamente acabados sobre fray Juan de Villaspesa, el músico de la Catedral de Cuzco, sobre el que había estado investigando. Y también otros, ya acabados, sobre la influencia de la folía española en la música renacentista inglesa. Esto contentó mucho a Lucía.

Poco a poco logramos que asistiera con nosotros a algunos conciertos y otros acontecimientos musicales, así lentamente fué recobrando la alegría. Pienso que nuestra familia ayudó, en parte, a su restablecimiento, también nuestros hijos le habían tomado mucho cariño, ella me decía: " Siempre desee tener hijos, los niños me atraen y también esa especie de onda de ilusión, de alegría y de esperanza que trae consigo la llegada al mundo de un nuevo ser. Ahora para mí tus niños son casi como los que yo no pude tener, me gusta tenerlos cerca."

Precisamente fueron los niños los que lograron que Lucía volviera a tocar aquel piano de la sala de arriba, últimamente mudo, fué un momento difícil y emotivo que los niños ayudaron a superar. Al terminar comentamos la extraña cualidad que tiene el lenguaje musical, se adapta a nuestro estado de ánimo y sabe expresar los sentimientos mejor que lo harían las palabras, las melodías llegan más directamente al corazón.

No sé porqué, pero después de aquel día, fueron frecuentes las tardes que tocamos el piano, la verdad es que aquella sala con el techo abovedado tenía una sonoridad especial, y sorprendía ver a Lucía, una figura tan frágil tocando con tanta intensidad, nunca había conocido a nadie que lograra al piano tanta expresividad, serenidad y una belleza tan profunda.

Pasados varios años, una noche habíamos asistido a un concierto, después de dejar a Lucía en su casa, me sentía inquieta, no podía dormir, al incorporarme en la cama miré hacia la ventana y sobresaltada vi a Otelo, que estaba allí otra vez, quieto y con su mirada relampagueante. Esta vez estaba segura de que me estaba avisando de algo terrible, pues Otelo había muerto hacía un año.

Al amanecer recibimos una llamada de la persona que acompañaba a Lucía por las noches, quería que subiéramos, se sentía muy enferma. Avisamos a su médico y al día siguiente quiso recibir la Extremaunción. No se pudo hacer nada por su vida, la grave enfermedad había sido taimada, llegó sin dar ningún aviso.

La muerte de Lucía nos dejó profundamente abatidos y a La Romana en el más oscuro de los silencios. ¡Que grande puede ser el vacío que nos deja una persona tan querida cuando nos abandona! Habíamos compartido tanto tiempo y tanta vida con ella que ahora sentíamos un enorme desconsuelo.

En su testamento dejaba sus bienes para un proyecto del que ya me había hablado en algunas ocasiones: quería hacer de "La Romana" una casa para la enseñanza y el fomento de la música, sobre todo para los niños que no tuviesen medios económicos. Su deseo era que siempre sonara música en "La Romana", Y para dirigir este proyecto había pensado en nosotros. La verdad es que me sentí abrumada por la responsabilidad, aunque también cierta ilusión.

La idea fué acogida con cariño por todas las personas que habían tenido relación con ellos y nos lanzamos a ponerlo en marcha con toda la energía que nos fué posible. Fué entonces cuando nos dimos cuenta de lo difícil que puede llegar a ser la burocracia, las entrevistas, la obras de acondicionamiento de la casa para adaptarla a su nueva función, la búsqueda del profesorado adecuado, etc... Tantas idas y venidas, tantas gestiones, a veces aparentemente

inútiles, nos estaban desmoralizando.

Una noche que, de regreso a casa, me sentía agotada y desalentada, me había dejado caer en un sillón y de repente me pareció oír, suavemente, el sonido de un piano, abrí una ventana, era una noche muy tranquila, no se oía ningún ruido, solamente aquel piano que, sorprendentemente, alguien hacía sonar en "La Romana". ..era una sensación extraña como si el mundo entero se hubiera detenido y solo existiese aquel piano, tocando, de forma tan serena, la sonata que más me gusta...me sobrevino una enorme sensación de paz. Y puede ser difícil de creer, pero yo supe entonces que Lucía lo hizo sonar para darme ánimos.

En varias ocasiones más volví a oír música, cuando no había nadie en "La Romana", siempre por la noche y siempre en mis momentos de desánimo. Ahora que, superadas las dificultades, todo está en marcha, tal como Lucía lo quería, lo recuerdo con cierta añoranza.

Y a veces también me viene el recuerdo de cuando, desde mi jardín, veía la casa que tanto me gustaba y a la que parecía unirme una especie de hilo invisible. Entonces lo ignoraba, hoy, después de tantos acontecimientos, he logrado descubrirlo.